

SETECIENTOS CINCUENTA Y NUEVE ELFOS... Y UN PUENTE

TEXTO DE ANTONIO MALPICA

ILUSTRACIONES DE LUIS SAN VICENTE





ANTONIO MALPICA nació en la Ciudad de México en 1967. Aunque estudió Ingeniería en Computación, pronto se dio cuenta de que lo hacía más feliz contar historias, así que en 2001 publicó su primera novela para adultos, *El impostor*, y la primera para chicos, *Las mejores alas*. Hoy tiene varias novelas infantiles y juveniles publicadas y ha recibido diversos reconocimientos por ellas, como el Premio Internacional Norma. Ha sido el primer mexicano en obtener el Premio Iberoamericano SM de Literatura Infantil y Juvenil. Sus obras más recientes son *Principio y fin*, último libro de la saga *El libro de los héroes*; el libro ilustrado *La porción más grande de pastel*, y las novelas juveniles *Una tribu* y *Al final, las palabras*.

SETECIENTOS CINCUENTA
Y NUEVE ELFOS...
Y UN PUENTE

Instituto Nacional Electoral

Consejero Presidente

Dr. Lorenzo Córdova Vianello

Consejeras y Consejeros Electorales

Mtra. Norma Irene De la Cruz Magaña

Dr. Uuc-Kib Espadas Ancona

Dra. Adriana Margarita Favela Herrera

Mtro. José Martín Fernando Faz Mora

Dra. Carla Astrid Humphrey Jordan

Dr. Ciro Murayama Rendón

Mtra. Dania Paola Ravel Cuevas

Mtro. Jaime Rivera Velázquez

Dr. José Roberto Ruiz Saldaña

Mtra. Beatriz Claudia Zavala Pérez

Secretario Ejecutivo

Lic. Edmundo Jacobo Molina

Titular del Órgano Interno de Control

Lic. Jesús George Zamora

Director Ejecutivo de Capacitación

Electoral y Educación Cívica

Mtro. Roberto Heycher Cardiel Soto

SETECIENTOS CINCUENTA Y NUEVE ELFOS... Y UN PUENTE

Primera edición, 2020

Texto: Antonio Malpica

Ilustraciones: Luis San Vicente

Coordinación editorial: Teresa Vicencio Álvarez

Edición: Ana Arenzana

Investigación: María Elena Álvarez Bernal

Corrección de estilo: Martha Elena Lucero

Diseño gráfico: Juan José Colsa

D.R. © 2020, Instituto Nacional Electoral

Viaducto Tlalpan núm. 100, esquina Periférico Sur,

Col. Arenal Tepepan, 14610, México, Ciudad de México

ISBN obra completa impresa: 978-607-9218-99-7

ISBN volumen impreso: 978-607-8772-53-7

ISBN obra completa electrónica: 978-607-8697-42-7

ISBN volumen electrónico: 978-607-8772-88-9

Impreso en México/*Printed in Mexico*

Distribución gratuita. Prohibida su venta

SETECIENTOS CINCUENTA
Y NUEVE ELFOS...
Y UN PUENTE

Texto de Antonio Malpica
Ilustraciones de Luis San Vicente

PRESENTACIÓN

Setecientos cincuenta y nueve elfos... y un puente es una propuesta literaria que se suma a la colección **Árbol** y que el Instituto Nacional Electoral pone al alcance de niñas, niños y adolescentes con la intención de difundir de forma sencilla y amena temas de formación ciudadana y valores democráticos.

Esta publicación se inscribe en el marco de la Estrategia Nacional de Cultura Cívica 2017-2023, que a través de sus ejes temáticos se propone contribuir a la mejora de nuestra calidad de vida en sociedad, en tanto ciudadanos con derechos y deberes. En ese contexto, se busca incentivar la participación activa de las y los más jóvenes en los acontecimientos de interés público, a fin de que se conviertan en actores relevantes de la vida política de nuestro país.

A través de las siguientes páginas, la o el lector se adentrará en la historia de dos pueblos enemistados durante muchos años, tantos que hasta el origen de sus diferencias se había olvidado. Finalmente, logran un espacio para la conversación y, gracias a la escucha atenta y el diálogo, logran resolver el conflicto de una manera satisfactoria para ambos bandos.

Este pequeño relato es una oportunidad para disfrutar una obra literaria de gran calidad y hacerlo en familia o entre amigos. La historia puede ser atractiva para personas de cualquier edad; sin embargo, está pensada en particular para estudiantes de los últimos grados de primaria. Las y los lectores tendrán la posibilidad de reflexionar sobre la importancia del diálogo y el respeto a los derechos de los otros en la búsqueda del bien común.

Las páginas finales del libro incluyen el apartado “Para reflexionar y dialogar”, el cual está destinado a que las niñas y los niños, solos o con el apoyo de alguna persona adulta cercana, reflexionen sobre la importancia de analizar el origen de los problemas que aquejan a nuestra sociedad, plantear soluciones factibles para resolver conflictos y resaltar que todos tenemos el compromiso ciudadano de participar en la solución de los mismos.

Setecientos cincuenta y nueve elfos... y un puente

¿Y bien, mi señor? —dijo Orvil, el asistente real.

—Esperemos un poco más —respondió Borgon, el único e indiscutible rey de Asgardonia Norte.

En ese momento el sol resplandecía. Lo mismo que las espadas de trescientos ochenta y cuatro elfos dispuestos para la más feroz de las batallas.

Y un cuerno...

Quiero decir que otra cosa que resplandecía esa mañana era un cuerno: aquel que sostenía Orvil y que, en el momento en que lo hiciera sonar, convocaría a todos los asgardonios azules al ataque.

Un cuerno que en realidad no era único. Se replicaba con toda precisión del otro lado del campo de batalla. Y lo sostenía Gurdran, el asistente real de Asgardonia Sur.

—¿Qué me dice entonces, mi señor? —diría Gurdran después de unos instantes de tensa calma.

A lo que Marliq, el único e indiscutible rey de Asgardonia Sur, respondería:

—Dame unos minutos, muchacho. Estoy definiendo la estrategia.



Tras él, trescientos setenta y cinco elfos verdes sostenían sus lanzas, sus espadas, sus ballestas... y aguardaban la señal. No con impaciencia, a decir verdad. Si dependiera de ellos, aplazarían esa guerra por varios minutos más. O tal vez horas. O días.

Y es que, después de todo, los que se encontraban del otro lado del río Oyur sólo eran distintos a ellos en el sutil aspecto de que su estandarte era azul. Y que vivían al norte. Fuera de eso, no reconocerías a un asgardonio del norte en una cena familiar de asgardonios del sur ni estudiándolos con lupa. Que si lo sabré yo, que vivo en la cueva sobre el monte Moad, justo a la mitad de la planicie donde estaban a punto de enfrascarse en la más feroz de las batallas.

Y a decir verdad, yo sí estaba un poco impaciente. Y desmañanada. Ese asunto de odio había durado tanto tiempo que yo misma ya estaba deseando que le pusieran fin. De uno u otro modo.



Pero no sonaba el cuerno de los norasgardonios. Ni el de los sudasgardonios.

Ya me estaban volviendo loca.

Porque la planicie del monte Moad está del lado norte del río, lo que significa que los del sur habían tenido que subir a sus botes y desembarcar y aprestarse para ir a combatir. Es decir, que el rey Marliq no se despertó por la mañana y, después de mirar por la ventana, resolvió “¡Oh, qué buen día para ir a la guerra!”. No, señor. Se trataba de un asunto bien pensado y acaso largamente planeado.



Por eso yo no entendía que ninguno de los dos cuernos se hiciera escuchar.

Y era para volver loco al más cuerdo...

—¿Qué tal que atacamos de una vez, majestad? —dijo Orvil, cuando el sol ya estaba bastante alto y la tropa se encontraba en el césped jugando baraja.

—No lo sé —respondió Borgon—. Ellos son quienes han cruzado el río. Si hubiésemos marchado nosotros a aquel lado, tal vez...

Algo muy similar a lo que ocurría en el ejército contrario.

—¿Qué dice, alteza? ¿Toco el cuerno? —preguntó Gurdran.

—Me parece que ellos debieran tener la cortesía de atacar primero —soltó Marliq, mordiendo las uñas de su mano derecha—. Es lo que yo haría, en caso de que estuviésemos de nuestro lado.

El sol comenzó a descender y yo a impacientarme de veras.

Recordé entonces que el encono entre asgardonios verdes y azules databa de tiempos tan antiguos que ni siquiera yo sabía la causa verdadera.

Pero era completamente cierto que no se podían ni ver. Cuando los norasgardonios necesitaban cruzar el río, lo hacían sin pasar por Asgardonia Sur. Y viceversa. Era bien sabido que si dos embarcaciones de distinta bandera se encontraban cruzando el río, terminaban intentando hundirse mutuamente. Lo mismo que si dos carretas



de distinta región se encontraban en algún camino, los conductores hacían todo lo posible por echarse al barranco. Y ni hablar de dos asgardonios de distinto linaje al encontrarse por casualidad en un café de otro país. ¡Gresca segura!

Con todo...

Nunca habían llegado a la guerra fratricida.

Y acaso por ello ninguno de los dos monarcas se animaba a dar el primer paso.

Por eso, cuando sonó tímidamente el primer cuerno del lado sur, hubo un desconcierto total entre la tropa. El jefe de las fuerzas verdes tuvo que ir a preguntar al rey Marliq:

—Señor... ¿ése fue un llamado a combate o una especie de... digamos... prueba de sonido?

Marliq y GurDRAM se miraron. ¡Habían tardado una eternidad en animarse a hacerlo y el jefe de las fuerzas verdes salía con eso!

—Eh... pues ahora que lo dice... un primer simulacro no me parece mala idea —resopló Marliq, claramente aliviado.

Fue entonces que no pude más y abandoné mi cúspide.

Desplegué mis alas y surqué el firmamento, rugiendo furiosamente. Rocié el cielo con una refulgente llamarada y aterricé a la mitad del campo de batalla. Una nube de polvo se levantó y yo la aproveché para emitir un nuevo y poderoso rugido.

Con todo, ninguno de los setecientos cincuenta y nueve elfos echó a correr ni nada por el estilo. Supongo que estábamos demasiado acostumbrados unos a otros.

—¡Rey Marliq! ¡Rey Borgon! —dije, con atronadora voz—. ¿Podría tener una breve charla con ustedes?





Se despertó un murmullo entre los soldados de ambos ejércitos, que al poco rato fue acallado por la presencia de los dos monarcas, mientras se aproximaban hacia mí.

Una vez que llegaron a mi lado, el silencio se hizo absoluto.

—¿Se puede saber qué quieres, maga Irdril? —me preguntó Borgon sin dejar de mirar con furia a su rival—. ¿Qué no ves que estás interrumpiendo una guerra en curso?

—Sí, deja de meterte en nuestros asuntos, maga Irdril —reviró Marliq, igualmente mirando con furia a su adversario—. Si no hubiera sido por ti, ya habríamos acabado con esos miserables del norte.



Puesto que mi transformación en dragón no había causado mucho efecto, decidí dejarla y recuperar la forma humana.

—¡Vamos! —interpelé a ambos—. Ustedes saben que no interrumpí nada. Y que hasta les di un buen pretexto para sentarse a dialogar como las personas.

Dicho esto, hice aparecer un par de buenos taburetes para que se sentaran, un sillón para mí y servicio de té.

—¡No hay nada de que hablar con semejante punta de bárbaros despreciables! —rezongó Marliq, quien, por supuesto, no accedió a sentarse.

—¡Lo mismo digo! ¡De hecho, yo pensé antes en esa alusión! —gruñó Borgon, cruzándose de brazos y, naturalmente, negándose también a ocupar asiento.

Los miré con interés. Tal vez era demasiado ingenuo de mi parte creer que en verdad podían sentarse a conversar, compartir té y galletas y llegar a un arreglo si estábamos hablando de un enojo de muchos años.

—De acuerdo entonces —dije—. Pero... sólo por mera curiosidad, ¿se puede saber cuál es el origen de su odio?

—¡El Incidente de la Gran e Imperdonable Ofensa! —dijeron, como si se hubiesen puesto de acuerdo, al unísono y en perfecta sincronía.

—¡Oh! En verdad que no lo sabía —repuse—. ¿Y se puede saber quién ofendió a quién?







—¡Ellos a nosotros! —volvieron a decir simultáneamente, para luego continuar con una especie de coro verbal en el que siempre coincidían en las frases:

—¿De qué hablas, embustero?! ¡Ustedes nos ofendieron a nosotros! ¡Ustedes a nosotros, dije! ¡Deja de repetir lo que digo! ¡Te arrepentirás, cara de mono!

Tuve que recurrir a la magia, lo cual no siempre me enorgullece, pero hay momentos en los que una no tiene alternativa. Puse un candado a la boca de ambos elfos y sólo hasta que prometieron hablar como las personas los liberé del silencio.

—¿Y se puede saber, ejem, cuál fue el “incidente”? —dije con genuino interés y entrecomillando en el aire. Ya me había sentado y servido un poco de té. Nunca me imaginé la reacción de ambos reyes ante mi pregunta.

—Bueno... pues claro... el incidente... dilo tú, Marliq.



—De ninguna manera... dilo tú, Borgon.

—Pero insisto. Ustedes son nuestros invitados, Marliq.

—El incidente... claro... el Incidente de la Gran e Imperdonable Ofensa... eh...

¡Resultó que no lo sabían!

Lo cual, en su opinión, no era razón suficiente para que perdonaran al otro de sufrir su terrible y despiadada venganza. Comprendí que mi intervención se hacía, en verdad, inevitable. Deposité la tacita de té sobre la bandeja (pese a que apenas había arrojado los dos cubitos de azúcar con que me gusta tomarlo) y me puse de pie.

—Les diré lo que haremos —sentencié, súbitamente inspirada—. Iré al pasado y veré cuál fue el tremendo incidente del que tanto hablan. Si puedo, lo resuelvo de una vez. Y sin cargo extra. Deshecho el entuerto, volveré a este mismo presente. ¡Y seguro podremos tomarnos el té como los mejores amigos... porque lo seremos! ¿Están de acuerdo?







Tuve que sentarlos a la fuerza, con magia. Y ponerles en las manos sus respectivas tazas.

—No tardes, maga —refunfuñó uno.

—Trae pastelillos —refunfuñó el otro.

Agité la varita y, después de transformarme en un águila, volví en el tiempo al instante justo en que ocurrió el Incidente de la Gran e Imperdonable Ofensa.

Sobrevolé la región y lo primero que llamó mi atención fue que no existían dos Asgardonias. Era una sola. Y que ambas zonas del mismo reino estaban unidas por un puente colgante de madera que cruzaba el río Oyur de lado a lado. En una orilla se encontraba un letrero que señalaba: “Asgardonia, barrio norte”. En la otra orilla, el letrero hermano decía: “Asgardonia, barrio sur”. Y todo indicaba que eran tiempos de paz y concordia.

Recuerdo, sin embargo, que pensé algo relativo al puente. “¿No es demasiado estrecho?”, me dije. Para agregar, casi en seguida: “Siuviésemos la mala fortuna de que dos elfos obesos quisieran cruzar al mismo tiempo en sentido contrario...”

Y adivinen qué.

Al centro del estrecho puente se encontraban dos elfos. De ambos barrios de la ciudad. Y si en mi vida he visto elfos obesos... éstos podrían fácilmente ocupar el pódium de los ganadores.

—Es una pena —dijo el que iba de norte a sur—, pero necesito pasar.

—Qué mal porque yo también —replicó el que iba de sur a norte.

—Sí, pero mis asuntos son más importantes.

—No es por menospreciarlo, amigo mío... pero a leguas se nota que mis asuntos son mucho más importantes.

Se miraron de una forma muy similar a como se habían mirado Borgon y Marliq en el tiempo presente. Luego uno de ellos soltó:

—Bueno... pues sólo quiero anunciarle que no voy a retroceder. Eso es un hecho.

—Lo que es un hecho, querido amigo, es que yo no voy a retroceder.

—Podríamos estar aquí por días estorbando el paso.

—Por mí que sean meses.





Yo me encontraba, en ese momento, posada en el pasamanos del puente. Y se me ocurrió una salida, que les hice ver al instante:

—Hey, amigos... —dije, como si no fuera la gran cosa—. ¿Qué tal que ambos exponen sus razones y tratan de llegar a un acuerdo?

Me miraron con verdadero enfado.

—¿Y por qué habríamos de hacer lo que nos ordena un ave sabionda?

—Sí, ¿por qué?



—No sé —apunté—. ¿Porque tengo razón?

Lo cierto es que mi intervención calentó un poco los ánimos y el forcejeo entre los dos voluminosos elfos hizo que uno terminara en el agua. No diré cuál para no darle un sesgo político a mi relato. Sólo diré que ése era el “incidente” que lo había detonado todo, pues el chisme se corrió. Las facciones se formaron. Y no pasaron ni un par de semanas para que los dos barrios se enemistaran por completo y acabaran por destruir el puente.

A decir verdad, el asunto me parecía tan banal que casi sentí deseos de no arreglar nada. Me daba la impresión de que se merecían su suerte todos los asgardonios.





Pero luego concluí que no me costaba nada y que era muy posible que en el presente a todos nos favoreciera recuperar la tranquilidad y la concordia. Algunos hasta podríamos dormir a pierna suelta en nuestras cuevas, sin guerras que interrumpieran nuestro sueño.

Así que volví de nueva cuenta al pasado. Al momento del “incidente”. Esta vez, en mi forma humana. Me planté detrás del elfo del sur, queriendo pasar al norte.

—No es por menospreciarlo, amigo mío... pero a leguas se nota que mis asuntos son mucho más importantes —dijo el regordete paseante.

A lo que repuse:

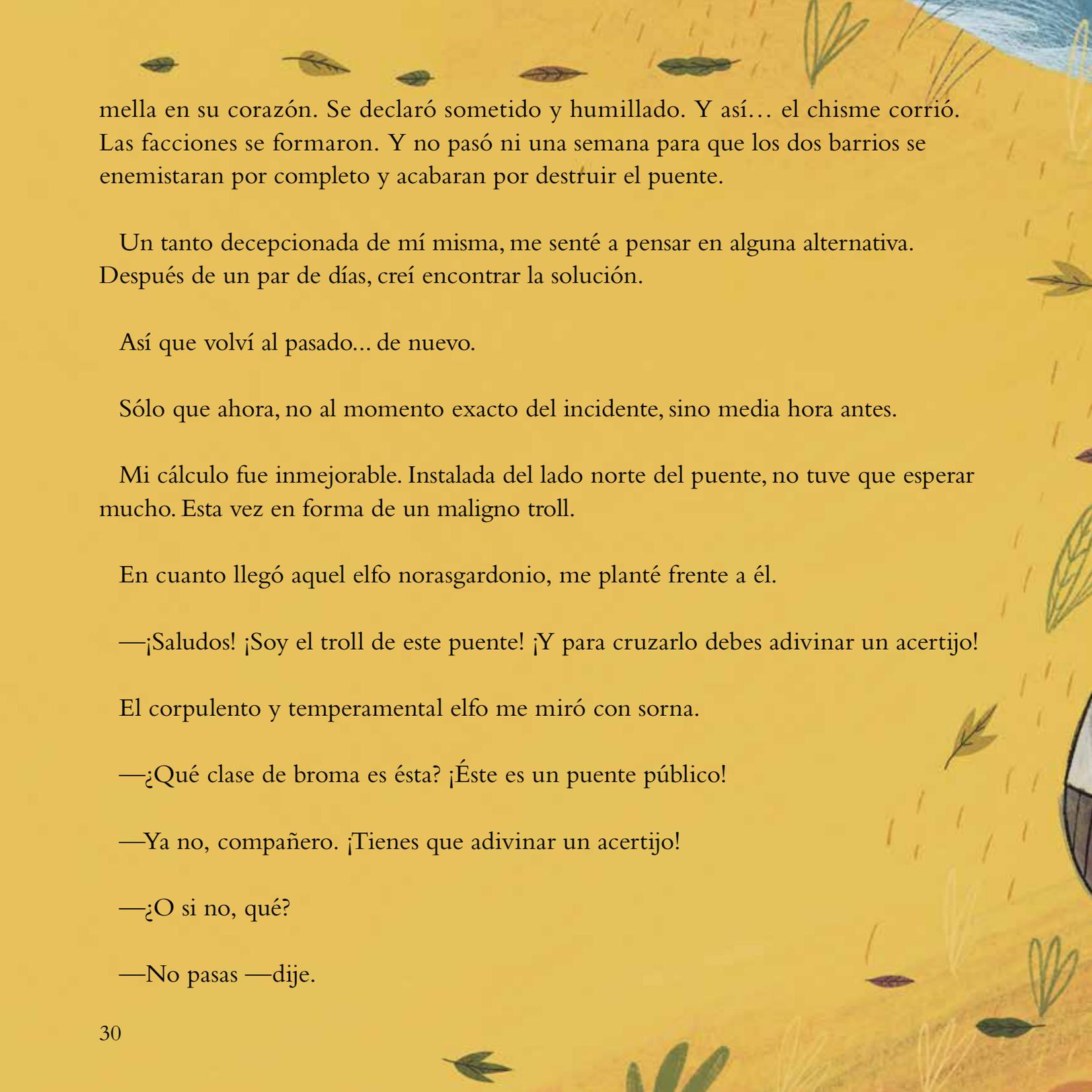
—¿Puedo sugerir algo?

Puesto que la presencia de una hechicera siempre tiene un mayor impacto en estas tierras que el de una pájara parlanchina, ambos hicieron caso de mi sugerencia. Y dado que el diálogo no era lo suyo, convencí a ambos de que lo echaran a la suerte.

Jugaron “piedra, papel o tijera” a dos de tres veces.

Luego, a tres de cinco.

Al final, y eso porque les hice ver que una maga no tiene reparo en convertirse en dragón cuando se impacienta... jugaron a cinco de nueve. Uno de ellos, lógicamente, perdió. No diré cuál por las mismas razones que ya mencioné, pero el caso es que se vio obligado a desandar lo andado. Y el resentimiento hizo



mella en su corazón. Se declaró sometido y humillado. Y así... el chisme corrió. Las facciones se formaron. Y no pasó ni una semana para que los dos barrios se enemistaran por completo y acabaran por destruir el puente.

Un tanto decepcionada de mí misma, me senté a pensar en alguna alternativa. Después de un par de días, creí encontrar la solución.

Así que volví al pasado... de nuevo.

Sólo que ahora, no al momento exacto del incidente, sino media hora antes.

Mi cálculo fue inmejorable. Instalada del lado norte del puente, no tuve que esperar mucho. Esta vez en forma de un maligno troll.

En cuanto llegó aquel elfo norasgardonio, me planté frente a él.

—¡Saludos! ¡Soy el troll de este puente! ¡Y para cruzarlo debes adivinar un acertijo!

El corpulento y temperamental elfo me miró con sorna.

—¿Qué clase de broma es ésta? ¡Éste es un puente público!

—Ya no, compañero. ¡Tienes que adivinar un acertijo!

—¿O si no, qué?

—No pasas —dije.



Ante su duda, añadió:

—Y tal vez te devore.

—¿Sabes una cosa? Estoy harto del ayuntamiento. No es la primera vez que cometen un atropello como éste. Me quejaré. ¡Soy un elfo responsable que paga sus impuestos... casi siempre!

El plan, de cualquier modo, estaba resultando de maravilla. Lo único que necesitaba era ganar tiempo. Que no se juntaran en el centro aquellos elfos rubicundos y salvar el futuro.

—Bien. Dime el acertijo, guardián del puente.

—Oye... no me ha gustado el tonito que usaste. ¡Yo sólo hago mi trabajo!

Miré por encima de mi hombro. A la distancia se veía venir a aquel otro elfo sudasgardonio. Mejor, imposible.

—Dime el acertijo, troll, que tengo asuntos muy importantes que hacer del otro lado.

—Bien. Pon atención. “Dos elfos salen a la vez de dos barrios, A y B, separados entre sí por una distancia de 200 metros y se dirigen el uno hacia el otro. ¿En cuánto tiempo se encuentran si el primero viaja a una velocidad de 40 metros por minuto y el segundo a una velocidad de 50 metros por minuto?”

—¿Quéééé?

—Acertaste. Puedes pasar. Era una pregunta capciosa.

Lo único cierto es que el otro elfo ya había alcanzado la orilla. Y me quité de en medio. Pan comido. Cada elfo había podido pasar sin contratiempos. ¡Un triunfo más a la cuenta de la maga Irdril!

Esta vez no quise quedarme a cerciorarme de nada, pues estaba segura de que la paz y la concordia serían un hecho a mi regreso. ¡No encontraría sino rostros felices y amigables en cuanto volviera! ¡La alegría reinaría en la Asgardonia unificada! ¡Sí, señor!



Y un cuerno.

Quiero decir... que en cuanto regresé al punto de partida, hallé un cuerno en mi sillón, razón por la cual salté de sorpresa. Pero los dos reyes se encontraban en el mismo lugar que los dejé, aunque ahora los acompañaban sus fieles asistentes.

—¿Por qué tardaste tanto, maga Irdril?

—¡Y no trajiste pastelillos!

Estudí sus semblantes. ¿Sería posible que, en verdad, ya fueran amigos?

—¿Cómo te fue, por cierto? —dijo Marliq.

—¡Me fue de maravilla! ¡Les hablaría del Incidente de la Gran e Imperdonable Ofensa, pero no sabrán de lo que les hablo porque es algo que, gracias a mí, jamás ocurrió! ¡Jamás!

Los cuatro me miraron como si estuviera demente.

—¿De qué hablas, maga demente? —gruñó Borgon—. ¡Si es por ese incidente que nos reunimos aquí a combatir hace unas horas!

No necesité más que un par de segundos para entender el problema. Y surgió en forma de acertijo matemático. “¿Cuál es la probabilidad de que dos elfos obesos que viven en dos lados de un mismo puente, se encuentren en el centro del mismo cualquier día de sus largas vidas?”



Comprendí que sólo había retrasado el incidente, nunca lo evité. Un tanto desilusionada, me armé de valor para admitir mi error.

—Es mi culpa, amigos. Pero si me dan un momento... todavía podría...

—Ya no será necesario —dijo, un tanto sonriente, el rey Marliq.

A lo que asintieron los otros tres. Todos sostenían una taza de té y un trozo de galleta, por cierto. Y advertí que Orvil y Gurdran charlaban jovialmente entre ellos.



—¿Cómo dices? —pregunté al rey, interesada.

—Como oyes, Irdril —insistió Marliq—. Para serte sincero, la única magia tuya que en verdad nos ayudó fue ésta: proporcionarnos un buen sitio para dialogar... y habernos empujado a hacerlo.

—Nos hemos dado cuenta —añadió Borgon—, gracias a estos minutos de franca negociación, que el pasado... pasado es. Que nuestras diferencias se pueden resolver. Y que mucho ganaremos si ponemos de nuestra parte para trabajar juntos por el bien común. De hecho, lo primero que haremos será levantar un puente que unirá nuestras tierras.

Los cuatro brindaron con sus tacitas y yo preferí no entrometerme más. No quise, a decir verdad, ni hacer la observación de que hacía mucho, mucho tiempo, ya existía ese puente. Y que era el verdadero símbolo de unidad del reino de Asgardonia.

Así que todo terminó bien. Y fue gracias a ellos mismos, lo cual me hizo sentir bastante orgullosa.

Con todo, aún hubo un “incidente” que vale la pena mencionar. Y lo entrecomillo porque, por casi nada, pudo volverse el nuevo “incidente” de una nueva “gran ofensa” que los llevara a largos años de nueva enemistad.

Y es que, déjenme contarles que, cuando levantaron el puente... lo hicieron de tal estrechura que, apenas lo vi, un solo pensamiento acudió a mi mente: “Siuviésemos la mala fortuna de que dos elfos obesos quisieran cruzar al mismo tiempo en sentido contrario...”.

Y adivinen qué.

Ya eran días de prosperidad en la nueva Asgardonia. El único color de la bandera era el púrpura. Las cosas funcionaban perfectamente.

Pero un día...

Al centro del estrecho puente se encontraron dos elfos. De ambos barrios de la ciudad. Y si en mi vida he visto elfos obesos... éstos podrían fácilmente ser descendientes de aquellos que conocí yo misma en el pasado y que se llevaban el oro y la plata sin discusión alguna.

—Es una pena —dijo el que iba de norte a sur—, pero necesito pasar.

—Qué mal porque yo también —replicó el que iba de sur a norte.

—Sí, pero mis asuntos son más importantes.

—No es por menospreciarlo, amigo mío...

Sentí la apremiante necesidad de acudir. En un santiamén ya estaba con forma de águila sobre el pasamanos del puente. Y en verdad estuve a punto de abrir el pico cuando uno de ellos (no diré cuál, para no dar un sesgo político a este relato) se animó a decir:

—¿Qué tal que ambos exponemos nuestras razones y tratamos de llegar a un acuerdo? Me dieron ganas de convertirme en una orquesta y armar un guateque de miedo.



Con todo, increíblemente, el otro elfo arguyó:

—De acuerdo. Pero creo que tengo una solución mejor. Aunque me da un poco de timidez expresarla.

—Dígala sin miedo, amigo —respondió el otro—. Que ya estamos dialogando. Y fue así que iniciaron años y años de paz y concordia en Asgardonia, la de bandera



púrpura. Justo en el momento en que un elfo abrazó a otro elfo y así, abrazados, giraron lentamente hasta quedar cada uno del lado del puente al que querían llegar.

Lo sé porque lo viví. Y porque a partir de entonces dormí sin interrupción alguna.



PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR



DIÁLOGO Y CONSTRUCCIÓN DE ACUERDOS

Hoy más que nunca nuestro país necesita que sus habitantes estemos unidos, que dialoguemos sobre nuestros deseos y preocupaciones, que busquemos respuestas, expresemos nuestras diferencias, entendamos y respetemos al otro en busca de acuerdos y del logro de un bien común, que juntos modifiquemos nuestro presente para construir un mejor futuro.

Esto se aprende en la vida diaria, desde que somos niños, en nuestra convivencia familiar y en nuestro entorno cercano. Por ello, queremos ofrecer algunos elementos de análisis que pueden motivar y facilitar la reflexión y el diálogo sobre este importante tema que atañe a nuestra vida ciudadana.

Con el fin de que esta historia resulte significativa para las y los chicos, invitamos a las personas adultas cercanas a acompañarlos en su lectura, disfrutar la historia, dialogar y reflexionar sobre lo que viven al respecto y cómo imaginan que puede ser una participación ciudadana más activa. A través de la literatura hacemos una comparación a pequeña escala de lo que esto significa.

La Estrategia Nacional de Cultura Cívica 2017-2023 (ENCCÍVICA) diseñada por el Instituto Nacional Electoral plantea diversas líneas de acción para ayudar a fortalecer nuestra vida democrática con base en el diálogo y la construcción de acuerdos.

En la historia de *Setecientos cincuenta y nueve elfos... y un puente* los habitantes de dos comunidades estaban a punto de la guerra y al mando de sus representantes exigían sus derechos. El problema había surgido muchos años antes y radicaba en el uso de un puente, del cual ambos reclamaban la propiedad y el derecho a usarlo.

Una de las condiciones para concretar la participación ciudadana tiene que ver con el grado de confianza interpersonal que se deposita entre los miembros de una sociedad.

Aunque en un principio los habitantes de ambos reinos no confiaban en ella, la maga Irdril buscó diferentes alternativas para solucionar el conflicto entre las dos comunidades de elfos, incluso tuvo que viajar al pasado para conocer el origen del problema y contar con más elementos para resolverlo. Los asgardonios del norte y



los del sur tampoco tenían confianza entre ellos mismos, lo cual obstaculizaba llegar a un acuerdo que beneficiara a todos.

Para lograr el diálogo democrático con nuestros conciudadanos es fundamental construir puentes de entendimiento en la búsqueda de mejoras que a todos nos beneficien.

Si bien Irdril usó la magia para ayudar a los habitantes de Asgardonia Norte y Asgardonia Sur a terminar sus problemas y vivir en paz, la clave que le permitió lograr su objetivo fue invitar a sus monarcas a compartir un té y galletas, y conversar para que en calma expusieran sus razones y trataran de llegar a un acuerdo. El rey Marliq lo reconoció cuando afirmó:



“Para serte sincero, la única magia tuya que en verdad nos ayudó fue ésta: proporcionarnos un buen sitio para dialogar... y habernos empujado a hacerlo.

–Nos hemos dado cuenta –añadió Borgon–, gracias a estos minutos de franca negociación, que el pasado... pasado es. Que nuestras diferencias se pueden resolver. Y que mucho ganaremos si ponemos de nuestra parte para trabajar juntos por el bien común. De hecho, lo primero que haremos será levantar un puente que unirá nuestras “tierras”.

Así que todo terminó bien. Y gracias a ellos mismos que también podrían dormir a pierna suelta sin guerras que interrumpieran su sueño.

Todos los ciudadanos y ciudadanas tenemos el compromiso de incidir en la solución de problemas públicos y estar atentos a que se cumplan las leyes.

Los asgardonios del norte y los asgardonios del sur lograron una convivencia pacífica y aprendieron que podían expresar sin miedo sus sugerencias para la mejora de su comunidad y decidir los símbolos con los que todos se identificarán, así ya no tendrían una bandera azul ni una verde, sino morada que representara a todos los habitantes de Asgardonia.

Será muy importante escuchar las dudas de las y los pequeños, sus experiencias y opiniones sobre la historia y sobre lo que experimentan en relación con este tema, tanto en su escuela como en su comunidad. Esperamos que los niños, las niñas y sus familias la disfruten y que contribuya a su formación ciudadana.





SETECIENTOS CINCUENTA Y NUEVE ELFOS... Y UN PUENTE

se terminó de imprimir en diciembre de 2020,

en Guimark Total Quality, S.A. de C.V.,

Carolina núm. 98-101, col. Ciudad de los Deportes,

Benito Juárez, C.P. 03710, Ciudad de México, México.

Se utilizaron las familias tipográficas Bembo Std, Italic y Semibold.

Papel bond de 120 gramos, con forros en cartulina sulfatada de 14 puntos.

La edición consta de 5,000 ejemplares.



LUIS SAN VICENTE nació en la Ciudad de México en marzo de 1970. Hijo mayor de don Miguel y doña Pilar, desde su niñez mostró devoción por el dibujo y acostumbraba rayar por igual cuadernos, papeles, pupitres y cualquier superficie donde pudiera trazar con tinta o lápiz. Estudió Diseño de la Comunicación Gráfica en la UAM. Ha ilustrado más de 40 libros infantiles en editoriales de México, Estados Unidos, España, Argentina, Polonia, Colombia y Venezuela. Su trabajo ha sido reconocido con varios premios nacionales e internacionales, entre los que destacan el del Catálogo de Ilustraciones de Publicaciones Infantiles y Juveniles otorgado por el Conaculta (dos ocasiones) y el Encouragement Prize Noma de Japón (Unesco). Asimismo, ha recibido dos menciones de honor en el Encuentro Latinoamericano de Diseño en Palermo, Argentina; ha sido seleccionado en el Nami Concours de Corea del Sur, y obtenido dos menciones en el Catálogo Iberoamericano de Ilustración. Su trabajo se ha expuesto en diversos países, como Alemania, Francia, Eslovaquia, Italia, España, Cuba y México.



Desde tiempos inmemorables, los elfos que habitan en Asgardonia Norte están enemistados con los que viven en Asgardonia Sur. Tanto tiempo ha pasado que ya olvidaron el origen del conflicto; sin embargo, viven en permanente tensión y a punto de la guerra. Con la ayuda de la maga Irdril y acompañados de un delicioso té con galletas, lograrán sentarse a dialogar, escucharse mutuamente, y alcanzar un entendimiento que beneficie a todos los habitantes de ambos pueblos.

Este volumen forma parte de la colección **Árbol**, cuyo objetivo es contribuir a la cultura ciudadana de niñas, niños y jóvenes a través de atractivas historias que motiven la reflexión y participación activa en la sociedad.